

REALES COMPAÑÍAS DE CABALLEROS GUARDIAS MARINAS. PROMOCIÓN 341

A los caballeros guardias marinas de la promoción 341 del Cuerpo General de la Armada que compusieron mi compañía. Yo fui su comandante de brigada. Se establecieron entre ellos y yo vínculos de esos que no disuelve el paso de los años. Desde entonces: 1943. Eran propicios a alimentarse de Gloria, como aquellos de 1717 que fueron a conquistar Caller, formando compañía mandada por don José Navarro.

Compañías de guardias marinas (1717)



ALGUNOS eran de la nobleza española, otros llegaron de lejanas tierras, algunos desde las heladas tierras de Rusia, enviados por el zar para que se hiciesen buenos caballeros y buenos oficiales. Otros llegaron de las partes de la bella Italia, de gran influencia española. Los más, españoles «de pura cepa», de sus variados reinos... Todos integraban una compañía de tal importancia que debería mandarla un oficial general y su alférez ser un capitán. La compañía era escuela, con su director y profesores. El todo era la primera academia militar de la época: caballeros a la española. El caballero español estaba a la sazón muy valorado, a la cabeza de los *gentlemen* y *gentilhomes*... Eran caballeros de la nobleza, para que ellos y ella pudiesen distinguirse en el servicio del rey de la Patria (ya se habían perfilado los nobles conceptos de ella). Patiño, el intendente fundador, escribía al ministro don Andrés Pes: «Son moços de presencia, bien vestidos, como el rey los quería, y propiciosa alimentarse de gloria»; ¡qué acertada expresión, la última, para calificar a los futuros oficiales de la Armada!

La primera acción de guerra de la compañía fue formando como tal en tierra en la toma de Caller, en Cerdeña. Con gran orgullo navarro, el futuro marqués de la Victoria dice en sus memorias haberlos mandado, siendo su alférez aún capitán de granaderos del Regimiento del Mar de Nápoles.

A lo largo de la historia muchos caballeros guardias marinas dieron su vida en los combates, algunos casi niños. Parece como una gran impaciencia en un Servicio supremo. No en vano eran considerados a bordo como «los últimos oficiales», haciendo siempre que podían el Servicio de los

primeros... (obsérvese que escribo Servir y Servicio con S mayúscula; ello no es por inadvertencia... ¡Servicio!: Servicio de las Armas). Servicio de la Patria.

Los guardias marinas cubrían puestos de distinción: en combate había, en la cofa de los buques, uno de esos caballeros, llamado «guardia marina de bandera» dedicado a «castigar con golpe de muerte» a quien hablése de arriarla sin orden exprofesa del comandante. Y tenía a su cargo, el guardia marina en cuestión, una bandera de bote para ser tremolada si la enseña grande era echada abajo por los disparos del enemigo.

Los guardias marinas alternaban a bordo con los guardias de corps en la guarda de las personas reales cuando en el barco iban o lo visitaban.

En 1774, la única compañía existente de guardias marinas, vinculada a Cádiz, y después a la Isla de León, se dividió en tres (las dos nuevas en Cartagena y en Ferrol), más tarde pasaron de nuevo a ser una sola, de nuevo en Cádiz o en San Fernando.

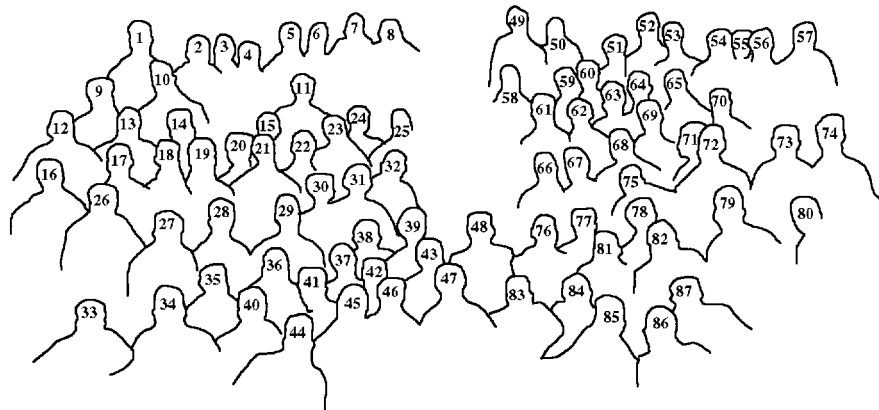
Paralelamente a las compañías había escuelas, con su director, distinta persona que el capitán. Hubo conflictos por esa dualidad militar y didáctica. Todo se arregló cuando fue capitán el preclaro don Jorge Juan.

La promoción 341 del Cuerpo General de la Armada. San Fernando

Esta promoción es la más numerosa de las que han pasado por la Escuela Naval Militar. Ingresaron sus componentes en San Fernando, no bien terminada la guerra civil. Abundaban en ella los que habían sido marineros voluntarios. También había alféreces provisionales; unos y otros con servicios de guerra, veteranos pues. Con el bagaje espiritual que traían era fácil mejorarles e inculcar entusiasmo en los que pudiéramos llamar bisoños, procedentes de la vida civil. ¡Espíritu! ¡Impulso!, bellas palabras y bellos hechos también. Manuel Elena y Antonio Nalda habían estado conmigo en el *Mar Negro*, un crucero auxiliar muy bien armado, muy artillero. Estuvieron conmigo en la dirección de tiro, y tuve con ellos gran ayuda en la puesta a punto de todo y en los buenos tiros que hicimos contra el enemigo. Había en la promoción muchos y muy buenos; el nombrarles alargaría mucho estas líneas; así pues les dejaremos en el anonimato. ¡Lo siento! ¡Adelante pues!

Había algunos que podían ser calificados como «turbulentos», susceptibles de ser de los mejores, ¡qué razón tiene el Evangelio cuando habla de los fríos y de los tibios, condenando a éstos. Estos «fríos» que en este caso eran de temperamento cálido, se encendían fácilmente «a lo mejor», al entusiasmo (1).

(1) «Ojalá fueses frío, mas por cuanto eres tibio estoy para vomitarte de mi boca...». A lo vomitado, quién no tiene horror, considera el comentarista.



Empecé con esta promoción el año 1942. Eran alumnos de 4.º curso. Responsable de su formación militar hice con ellos muchos ejercicios de combate de los que pueden llamarse de infantería. Yo había estado algún tiempo con marinería en la columna del general Varela y muchos de ellos habían estado en los frentes de tierra, y sabían de ello, y todos estábamos imbuidos de lo formativo que son estos ejercicios, aun para hacer buenos combatientes en la mar o en el aire. Por algo son ejercicios comunes a toda fuerza militar de la clase que sea. Yo era su capitán y me pusieron por mote algo que me enorgu-

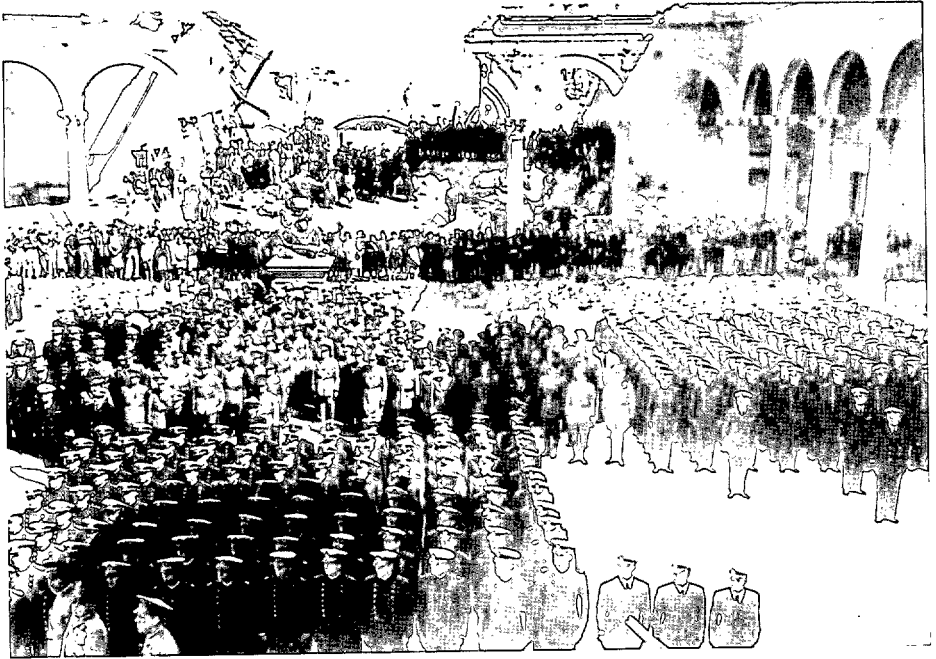
llece: «El capi». En modo alguno descuidabamos «lo marinero»: ejercicios de botes a vela y remo, balandros, salidas a la mar en buques pequeños, preparativos de los viajes largos (nuestra ilusión). Lo marinero: nuestro medio, nuestra «marca», nuestra distinción.

CABALLEROS GUARDIAS MARINAS DE LA PROMOCIÓN 341 CON SU COMANDANTE DE BRIGADA EN EL PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES (1942) (página anterior)

1—Nalda.	30—Mtnz. Jiménez.	59—Gil de Sola.
2—Mtnz.-García.	31—R. Lazaga.	60—Mt. de Oliva.
3—Gómez-Pablos.	32—Paredes.	61—Matres.
4—Puig.	33—Barrios.	62—Poole.
5—Llanos.	34—Mandaluniz.	63—Cervera.
6—Fz. Muñoz.	35—Graíño.	64—Jz. Cisneros.
7—Puya.	36—Díaz Rey.	65—Lz. de la Osa.
8—Salgado.	37—Jaraiz.	66—Garófano.
9—Hemida.	38—Pacual.	67—Mendicuti.
10—Morales.	39—L. Pérez.	68—Bosqué.
11—Serrano Benavides.	40—Sande.	69—Gz. Macía.
12—Elena.	41—Arcos.	70—Fz. Cernuda.
13—Sierra.	42—Bernal.	71—Vallespin.
14—Angosto.	43—Rámila.	72—Garau.
15—Montejo.	44—Fournier.	73—Dz. del Río.
16—Blas.	45—Urquidi.	74—Quintana.
17—Coll.	46—Ramos.	75—Pardo.
18—Franco.	47—Méendez.	76—Moreno.
19—Menéndez.	48—Tte. Nv. Mtnz.-Valverde.	77—Flores.
20—Astray.	49—Guillem.	78—Ribas.
21—Serrano.	50—Gz. Martínez.	79—S. G. Marina.
22—Nieto.	51—Jáudenes.	80—Gz. Mosquera.
23—Fraga.	52—Dahl.	81—Vallés.
24—M. Piniés.	53—Az. Olalla.	82—Aramburu.
25—Terán.	54—Gz. Millán.	83—Silva.
26—J. Reynaldo.	55—Checa.	84—Manzano.
27—Gz. Madroño.	56—Senac.	85—Delgado.
28—Valcárcel.	57—Rubio.	87—Vz. Doce.
29—Urcelay.	58—Guerrero.	

Yo en todo les ponía en «trance de mando», para él se preparaban: mandar un bote, mandar un pelotón o una sección, mandar a los compañeros en ejercicio o mandar una pieza de artillería. Todo preparatorio para mandar «de verdad» mañana. A ello me había predispuerto don Salvador Moreno en el *Elcano* (yo ya alférez de navío), ¡gran escuela!, ¡gran maestro!

En San Fernando teníamos un buen «faro»: el Panteón de Marineros Ilustres (ilustres y heroicos, completemos). Por algo se construyó hacia 1844, junto al entonces Colegio Naval Militar: ¡maravilla del ejemplo en la formación de hombres, en ella y en el mando!



La promoción 341 en el alcázar de Toledo (en primer término): una lección... más; una vivencia de moral militar; trazas de la heroica defensa. Patio de Armas con los escombros de la mina, heroicamente coronados por los defensores... La estatua del emperador: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez» dijo; y lo proclama una lápida. Una fuerte bocanada de moral y calando hondo en ese día en Toledo.

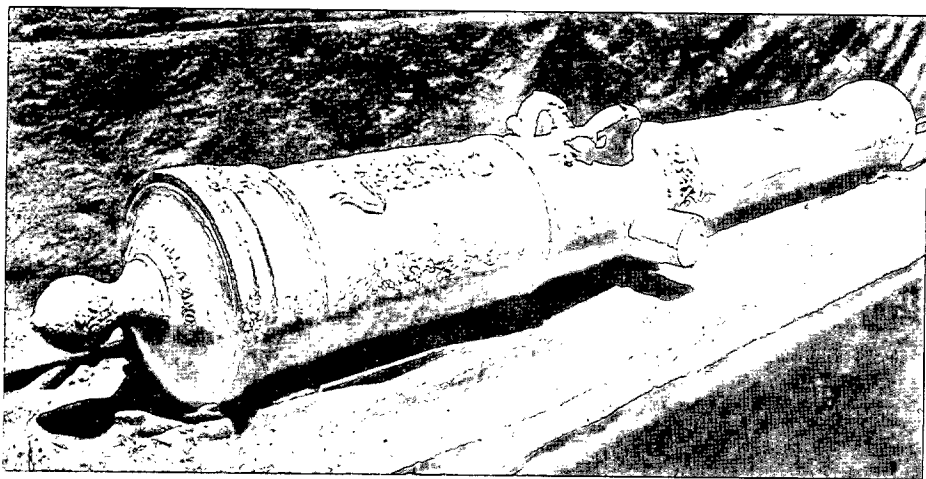
No recuerdo si fue a Guillem o a Urcelay (primero y segundo de la promoción, respectivamente), quizá a algún otro, se le ocurrió que nos hiciésemos una fotografía en el Panteón, en su centro donde entonces estaba el monumento a los marineros y soldados de Cuba (aún no había cuajado en España la idea del soldado desconocido). Llevaron para centrar el grupo dos cañones anticarros que había en la escuela, fácilmente transportables. Yo tengo esa foto, firmada por todos, dedicada a *su* comandante de brigada. Cada uno tuvo la foto con las firmas. Un buen recuerdo.

San Fernando —antigua Isla de León— es sitio rememorador de combates, en su dédalo marítimo de canales y canalizos, campo glorioso de nuestras lanchas cañoneras y obuseras, en la situación de ataque a Cádiz por los napoleónicos en 1810. Cádiz, «cabeza y corazón de España» a la sazón. Yo había estudiado todo esto y reprodujimos muchas ocasiones de aquella guerra. Todo muy constructivo, y muy entretenido... sugestivo. Además, todas las operaciones de guerra del pasado que se hagan bien «transportadas» son un buen estudio.

Embarco en el minador *Vulcano*

Embarcamos en el *Vulcano*. Lo mandaba un muy buen oficial de Marina, gran caballero y muy entendido en hidrografía y en navegación, el capitán de corbeta don Fernando Balén. El segundo teniente de navío, Domínguez Sotelo, antiguo alumno mío en la escuela. Buen amigo, pero tuvimos algunas «diferencias» con respecto a los guardias marinas de *mi* brigada. Alguno que otro daba motivo (ley de probabilidades). Él era el segundo de a bordo y algo puntilloso.

El viaje tuvo 92 singladuras. Tres de sus puertos, escalas, fueron en las islas Canarias: Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Las Palmas. Para un guardia marina siempre es una gran ilusión este archipiélago donde hay mujeres de «nieve en el semblante» y «fuego en el corazón» como hay en el «Teide gigante» (2).



Echaba mano a la espada el valiente Nelson; (también vale el ejemplo del enemigo: somos caballeros). Estaba su bote atracado al muelle de Santa Cruz de Tenerife. Iba a ponerse al frente de los que iban a desembarcar «a la brava». Un disparo del cañón Tigre le quitó el brazo derecho. ¡Qué frenazo a su acometividad!

Volvamos a la formación a mi cargo: en Santa Cruz de Tenerife, fuimos en formación a ver las banderas tomadas a los ingleses cuando Nelson desembarcó en 1797. Estaban en la iglesia de la Concepción. Una de ellas con el nombre de la fragata *Esmeralda*, precisamente la que llevó la noticia del fracaso a Cádiz. Fuimos cantando recias canciones marciales, como era

(2) Lo más cálido viene en una segunda estrofa: «Cuando una canaria quiere a quien le sabe querer, se muere, y muerte quiere también».

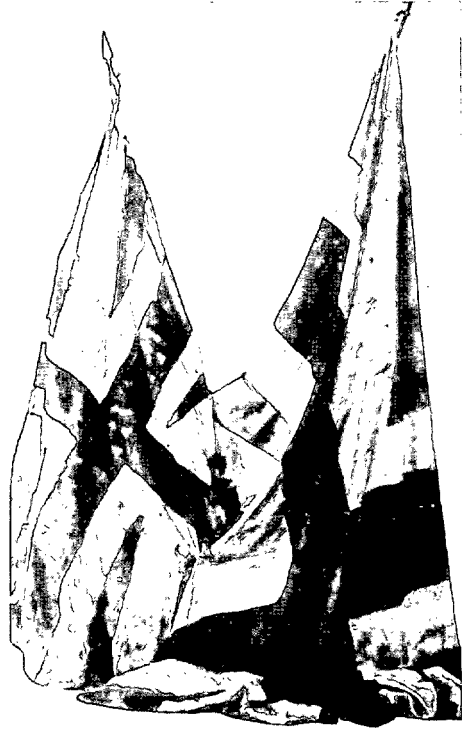
costumbre; las chicas se asomaban «corriendo al balcón», como decía cierta canción de marcha (3).

Otra de nuestras visitas formativas fue a ver el cañón Tigre, que es tradición fue el que dejó manco a Nelson, al que respetamos como *gallant fighter* (él lo decía de los españoles). Todos tenemos una foto del cañón, modesta posta; a cada uno le di una firmada, hoy la tendrán en un cajón de viejos recuerdos... (postal de «entonces» en negro).

En Gijón, otra gran lección de moral militar: asistimos a una misa de campaña en lo que quedaba del patio del heroico Cuartel del Simancas. Allí ganó la Laureada de San Fernando el teniente de navío don Ángel Rivas Suardía, que estuvo en la gloriosa defensa y dejó muy alto el honor de la Armada con sus actos ejemplares de valor. Presidió el solemne acto S. E. el jefe del Estado Generalísimo Franco. Vino a bordo y nos pasó revista: la promoción-brigada-compañía de guardias marinas en Armas.

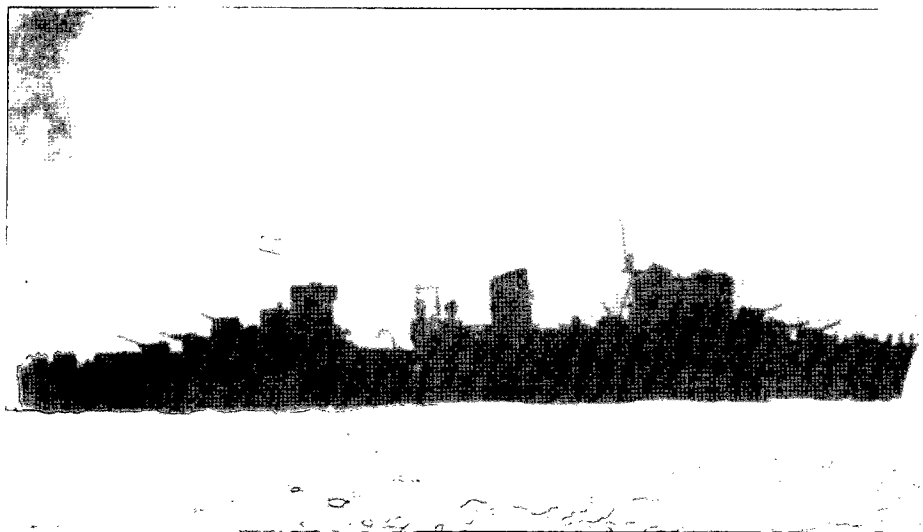
En el puerto de Sóller, ya en Mallorca, la de los nevados olivos, tuvimos ocasión de mostrar lo que era la promoción: nos enfrentamos con «el demonio de la tempestad», como diría un poeta del mar, y le vencimos y dominamos. Aguantamos en puerto y ¿amarrados? uno de los más fuertes temporales que darse pueden. Algunos de los lectores que conozcan el puerto pueden comprender más la situación crítica en que llegó a estar el buque.

Rebosaba furiosa la mar por la punta del muelle al que estábamos atracados, templando las amarras como cuerdas de violín; al propio tiempo venía un gran bufido del viento y lanzaba el barco sobre el muelle. Los encontronazos de las amarras hacían que estas fuesen faltando de una en una, o de dos en dos... ¡o tres! El barco no podía largar todo y hacerse a la mar, pues las rachas de viento le hubiesen hecho acostarse sobre la playa de



Trofeos de una victoria. Banderas tomadas a los enemigos en su desembarco en Santa Cruz de Tenerife... ¡Impulso!

(3) Decía la canción: «La Marina marcha, en correcta formación, y las chicas salen corriendo al balcón... Si les haces caso, vas a perder el paso...».



El minador *Vulcano*, aparte de ser una plataforma de armas como todo buque de guerra, era lo que podemos titular gloriosa aula, en lo que a moral militar, mi cometido, entonces, se refería. No se olvide el abordaje de este barco con el destructor *José Luis Díez*. El comandante don Fernando de Abárzuza, ganó la Laureada de San Fernando y la dotación la medalla militar colectiva.

enfrente de la cabeza del muelle. Ello era palpable, rotundamente cierto... La marinería, valiente y abnegada, luchaba a las órdenes de sus mandos naturales, ejecutando las del comandante del buque... Mis guardias marinas aprendiendo, y yo al frente de ellos. La marinería estaba agotada y ya no había estachas que dar. Fernando Balén ordenó: «¡Los guardias marinas!». Y es lo que estábamos deseando: los guardias marinas con su comandante de brigada.

Entramos ardorosos en liza, dando amarras ajustadas antes rotas. Alguien se acordó como último recurso de las cadenas que, procedentes del acorazado *España* (el hundido en Tres Forcas), había en la pequeña base naval destinadas a amarrar cosas en permanencia; se trajeron y se dieron; veteranos contramaestres —eso sí— hicieron el milagro de afirmar chichotes. Los caballeros guardias marinas se habían «dejado las uñas» en el manejo de las gruesas cadenas, las habían tendido y tomaban parte en hacerlas firmes... ¡El barco estaba salvado! El que antes se movía como un poseso de ese diablo de la tempestad ahora se balanceaba manso y rendido; los pesados senos de las cadenas hacían de muelle, dulcificando el antes frenético movimiento. ¡Felicitaciones!, ¡abrazos! ¡Hasta otra!, como se decía en los veleros pasado el momento de peligro. Lo había habido, y grande.

Había motivos sobrados para la concesión de cruces del Mérito Naval con distintivo rojo (4), pero tantos que no se dio ninguna. Quedó la satisfacción del deber cumplido. *Laus Deo*. Llena mucho, sin duda.

Traslado de la escuela a Marín. Buscando el llamado «Mar de Homes»

San Fernando tenía mucha cargazón de historia. El edificio de la escuela ya tenía, por sí, mucho de Carlos III, en honor del cual se construyó la población militar de San Carlos. Quedaba un poco alejado del mar. Faltaban ya aquellos torpederos, de antes de la guerra, que nos ponían fácilmente y pronto en los lomos de las olas largas y tendidas del Atlántico. El ministro de Marina, a la sazón don Salvador Moreno, o el Generalísimo, o los dos, pensaron llevar la escuela de Marín, al «Mar de Homes», que se dice, con retazos de «a costa da morte». El antiguo polígono Janer, en Marín, reunía magníficas condiciones. Se hicieron obras de ampliación dirigidas por una comisión presidida por el almirante Bastarreche. Su brazo derecho era el capitán de navío don Alfredo Lostau (laureado de San Fernando), siempre tan organizador y eficaz, pleno de entusiasmo. La escuela se trasladó en junio de 1943, durante las vacaciones de verano, pero se inauguró solemnemente en el mes de agosto, con presencia del jefe del Estado. Era director el entonces capitán de navío don Pedro Nieto Antúnez. Venía siéndolo desde San Fernando y era uno de los más diligentes jefes de entonces (5).

La promoción 341, ya 6.º curso, fue la más antigua de las que se trasladaron a Marín. Desfiló, formando compañía de guardias marinas, aquel día de la inauguración, pero ya no tenía la dicha de mandarles. Yo quedaba mandando a los de 5.º curso, venía siendo su comandante de brigada desde San Fernando. Los de la 341 nos proporcionaron a todos los brigadieres y subbrigadieres que reanudaron entonces los antiguos cometidos anteriores a la guerra. Alguno pues tuve conmigo en mi nueva tarea, pero los más estaban ya en otras manos —hermanas, eso sí—: ¡servidumbre y grandeza de las armas!, es expresión que puede abrazar todo. ¡Adelante!

Addenda

Podemos añadir algunos datos que me facilita amablemente el almirante don Carlos Dahl, mi buen amigo, de aquella promoción 341 de guardias marinas que funcionaba con empuje de «compañía» en maniobra de cualquier clase que se presentase.

(4) Aún se daban cruces con distintivo rojo para hechos de riesgo, aunque fuese en tiempo de paz. Las del Mérito Naval, para las acciones marineras. Era una gran ilusión conseguirlas (en «nuestro medio» de riesgo). Hubiese supuesto mucho ganarla de guardia marina. ¿Verdad, caballeros?

(5) «La Marina existe para la victoria» era uno de sus lemas. Lo mandó pintar en un muro con grandes letras.

Habían ingresado en la escuela naval, en enero de 1940, 101 alumnos; de ellos 53 eran marineros voluntarios y 22 habían sido oficiales provisionales del Ejército de Tierra (unos y otros habían estado pues en campaña). Había 11 plazas de gracia, privilegio al heroísmo de sus mayores.

Fue, como quedó dicho, la promoción más antigua de la nueva escuela naval. Llegaron 25 a capitanes de navío de la escala de mar. Hubo cinco vicealmirantes (dos de ingenieros). En todo esto quedó la oposición reñida en la que compitieron 1.208 jóvenes españoles de buena fibra.

A muchos tuve a mis órdenes en diferentes destinos y pude apreciar que mi orientación no había sido equivocada. Algunos me avanzaron en empleo o grado. ¡La vida y el Servicio avanzan!: «servidumbre y grandeza de las armas», podemos decir de nuevo. Yo, muy satisfecho con su avance, tengo la satisfacción de haber puesto algo en ellos.

Muchos faltan ya del mundo de los vivos, unos 37; dos de ellos, Bosqué y Martínez García murieron en acto de Servicio en la pérdida del submarino C-4. ¡Distinguidos entre los distinguidos!

A todos les deseo *lo mejor*, lo más mejor. A los vivos y a los muertos (que siempre forman parte de nuestro misterioso entorno). A todos les dice su antiguo comandante —más bien capitán— ¡suerte! y ¡adelante! Siguen reuniéndose en «La Cámara» cada jueves... hasta que Dios quiera.

Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE

